

ESCALADA Y OTROS POEMAS

VIRGINIA CANTÓ RAMÍREZ
Universidad Complutense

«Vicente Cervera no se detiene, / navega siempre en línea recta hacia el puerto / en donde está el poema esperando / la mano que ha de escribirlo». Así describe José Emilio Pacheco en su prólogo la nueva *Escalada* poética de Vicente Cervera Salinas.¹ Catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Murcia, cuenta ya en su haber con cuatro espléndidos poemarios, desde el primigenio *De Aurigas inmortales* (Comisión del V Centenario, Murcia, 1993), *La Partitura* (Vitruvio, 2001), *El alma oblicua*, (Verbum, 2003) hasta el reciente *Escalada y otros poemas* (Verbum, 2010).

Pronto advertirá el lector que a sus páginas acceda el calado filosófico y moral que tiñe la palabra poética de Vicente Cervera. El yo lírico recreará en este libro la indagación introspectiva por un sujeto corriente, un hombre de hueso y piel que detiene su esfuerzo en la *Escalada* para mirar atrás la vida, hacer balance en «el arte de la memoria» y atajar la quemazón de la rutina «con las palabras que instauran la fortaleza de lo desconocido». Ahí radica precisamente la fuerza de su lírica, en la reinención de los espacios y estados cotidianos a través de una palabra honda y meditada, de una disección profunda de esa capa del mundo que trasciende lo banal para adentrarse en las fauces de una realidad meditada. La palabra que «se derrama / hasta grabar su cosmos / de condición nominal», las graffias que «larvan los signos / del ser concupiscente» donde «brota el instinto carnal / hecho escritura, donde vibran las notas / del alma». Estos versos reflejan la esencia de un poeta que precisa la palabra para ordenar su cosmos, el sintagma puro que verifique (o más bien verbifique) la razón de su existencia, la utilidad última de vivir y escalar sobre los días deteniéndose un peldaño para mirar atrás y ordenar la experiencia en el poema.

La disposición de los cinco apartados que componen el poemario no pueden ser más clarificadores y sugestivos. *Escalada*, *El destructor*, *Advientos*, *Azul heraldo* y *Ánfora* darán nombre a las secciones de un unitario poemario que, a la manera de los escritores anglosajones, glosará en el título del libro el perfecto conglomerado

¹ Vicente Cervera Salinas, *Escalada y otros poemas*. Madrid, Editorial Verbum, 2010.

de su interior con el nombre de la primera sección y la añadidura *otros poemas*, pudiendo hacer pensar al lector que en primer término a él se acerque sobre la falta de homogeneidad de su conjunto. Es evidente que estas sospechas quedarán rápidamente disipadas al observar los títulos, no solamente de las secciones sino también de los propios poemas que cada una de ellas contienen.

En la primera sección, el título *Escalada* dará nombre a la misma y al único poema que ella contiene. Son estos unos versos capitales para comprender la esencia que engloba el poemario, la meditación del sujeto poético que «hinca el talón» en el tiempo para observar como «el camino era un ascenso y el viaje una escalada» donde «surco el tiempo con la escala de cada decisión». El poeta dará vida a la reelaborada metáfora machadiana ofreciendo la imagen de la vida como camino, pero diferenciando aquí el mero caminar en ascenso, -el devenir biológico del tiempo que en Machado dibujaba la línea descendente de un meandro que iba a parar a las fauces de su muerte-, a la escalada que supondrá el viaje, la decisión, la aventura de decidir los pasos más ciertos que marcarán nuestra existencia.

En la segunda sección, *El destructor*, el poeta echará la vista atrás con el fin «de separar, de dividir / y analizar cada resorte, cada tuerca y cada / mínima bombilla que encendía la travesía / maquinaria». Con la clarificadora metáfora del niño que observa con asombro un juguete desarmado, el yo poético analizará las piezas de su realidad presente, «destruirá» el bien armado conglomerado de la existencia para observar en él las cosas pequeñas llegando a la conclusión de que una vez detenida la escalada, -detenida la vida-, llegaremos al último peldaño sin un pasado que nos identifique donde saldar «las cuentas / para cruzar el solitario umbral / sin que freno alguno lastre / el peso de mi alma desnuda».

El último poema de la segunda sección, «Meaux», ya anuncia la simbología bíblica que teñirá la tercera sección del poemario. *Advientos*, aludiendo simbólicamente al periodo del año litúrgico cristiano que nos preparará para el nacimiento del Salvador, será un tiempo utilizado metafóricamente por el poeta para la reflexión, la meditación y el perdón si cabe entre el zenit y el nadir de la edad del hombre. «La espera no es un tiempo de condena. / Los años no conforman la brida de los sueños, / mas tampoco espolean su decurso. / Tan solo deja que la piel siga su ruta / hasta que temple su pincel. Del zenit / al nadir eres el punto que a sí mismo / se persigue». Es la idea del eterno retorno, los cuentos de Borges y su «Tiempo circular» como telón de fondo, la asunción de que el tiempo muere en la piel y en las acciones, pero es esta al fin y al cabo la razón última por la que la vida fluye. «Los hechos nunca permanecen como rocas», nos dirá el poeta en «El santo y la roca», utilizando simbología bíblica para esclarecer una firme postura filosófica en un apartado del poemario en el que el yo poético realizará una visión introspectiva de la existencia

desde esos «renglones de hierba» y el «Altozano» de su niñez a esa «ceniza de la historia» que «se disuelve en los despojos del jardín» del tiempo y su vejez.

Azul heraldo es la sección más sensual de todo el poemario. En ella encontraremos algunas reflexiones metapoéticas y poemas en los que el ensimismamiento en la palabra misma, las exuberantes sinestesias, las imágenes poéticas, el deleite de los sentidos y la fusión del poeta con la naturaleza serán capitales. El devenir del tiempo y sus implicaciones seguirá vigente como telón de fondo en esta sección del poemario. En el poema «Eón», el poeta, refiriéndose al dios del tiempo eterno y de la prosperidad de la mitología fenicia que después adoptaría el pueblo romano, dirá: «cuando alguien descubre / su imagen de divina juventud / tiemblan las bóvedas del firmamento». Este es el verdadero sentir del sujeto poético que observa ya con tranquilidad como la vida fluye y escapa por las yemas de sus dedos, la «ruda raíz» del orden vital que ya no ahoga. «Observas la nueva ley / del tiempo soberano con la horma / de los vientos. Ajeno a la brújula sin norte / entona un himno nuevo la consciencia, / mientras tus sueños reconquistas / la canción que -afinada al fin- recreas / y la ruda raíz, que ya no ahoga».

Azul heraldo, como previamente hemos señalado, será también la sección en la que el poeta reflexione con mayor ahondamiento en el acto mismo de la escritura y su sentido último. En el brillante poema «Cuerpo verbal», observamos la mano del cosmos con la que el poeta acaricia el caos de la imaginación. La razón y el cincel sereno de la pluma con la que esculpir «el instinto carnal» de los sentimientos. «La razón es selectiva y allí, / donde la mente se esclarece, / el corazón compone: / surge un haz de nombres / ordenados por la voluptuosidad / en acecho», nos dice el poeta, para quien el arte será un acto perfectamente medido y meditado bajo los parámetros dictados por el corazón.

El color azul, presente en todo este apartado, nos transporta al modernismo de Darío y al velo con que la Reina Mab cubrirá los hombros del poeta. «El ideal flota en el azul», nos diría Rubén Darío, y bien pudiera formar parte Vicente Cervera de esa fuente de Jonia donde se reúnen las musas e inspiran el ideal de perfección que destilan sus versos.

Se cerrará el poemario con el apartado *Ánfora* y el poema del mismo nombre. Creando una estructura circular que nos remitirá al comienzo de su *Escalada*, este poema de corte clásico con ecos de epitafio nos ofrece una imagen sacralizada del yo y una metáfora de la vida como el ánfora de estrecho y largo cuello por la que habrá de discurrir nuestro camino. El poeta vive, reflexiona y dejará constancia de su escalada en este libro.

El broche de oro al poemario lo pondrá el «antiprólogo» en verso del mexicano Jose Emilio Pacheco. En él, el poeta reflexionará sobre las diversas acepciones del

término escalada, «escalada» lírica con la que Vicente Cervera se consagrará como supino poeta.

Su lírica dibuja un mosaico en el que cada palabra está dispuesta bajo la premeditación de la exactitud y el buen gusto. En sus versos todas las palabras dicen, con un vocabulario y un mundo interior propio que hará del verbo carne y del poema una indagación vivida.

«Vicente Cervera no se detiene, / navega siempre en línea recta hacia el puerto / en donde está el poema esperando / la mano que ha de escribirlo», glosaba José Emilio Pacheco en sus palabras de presentación a nuestro poeta, y es digno de elogio este viaje al puerto del poema, esta fe de vida que supone la definitiva *Escalada* de Vicente Cervera Salinas.